

[Otra edición en: *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos. Madrid, 20 al 25 de abril de 1976*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Clásicos, 1978, 669-678. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, con la paginación original].

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

## La epigrafía y los monumentos

Antonio Blanco Freijeiro

[-669→]

Los organizadores del congreso de la Sociedad Española de Estudios Clásicos han tenido la gentileza de pedirme una comunicación sobre la importancia del griego y del latín para los estudios de Historia Antigua y Arqueología. Si uno, con los años y la experiencia, no hubiera ido perdiendo la capacidad o la virtud del asombro, se quedaría atónito de que después de una fase que cabe calificar sin hipérbole de esplendorosa para el griego y para el latín, con tantas ediciones de textos, tantas traducciones, estudios gramaticales, léxicos y literarios, tantas revistas de la especialidad, estudios de bachillerato más o menos rigurosos, pero estudios al fin y a la postre..., viniéramos a caer en un bache en el cual una disquisición sobre la necesidad del griego y del latín para las disciplinas que versan específicamente sobre la Antigüedad Clásica pueda parecer un manifiesto de urgencia y no el peregrino sermón de un dómine fanatizado. Pues así debe de ser cuando no sólo el bachillerato, sino la propia Facultad de Letras reduce al mínimo, posterga y relega a una posición marginal disciplinas que tuvieron, dentro de la mayoría de las especialidades de la misma, un rango comparable al de las Matemáticas en las facultades de Ciencias Experimentales; así debe de ser cuando se acepta como tesis doctoral en la rama de Filosofía una disertación sobre un aspecto del pensamiento de Platón sin que el doctorando considerase necesaria la utilización del griego para llevar a cabo dicho trabajo y la publicación del mismo.

El tratar del tema en sus líneas generales creo que nos llevaría como resultado, o por lo menos me llevaría a mí, a una especie de ejercicio escolástico de escasa fuerza convincente para quien no estuviese de antemano convencido. Pienso, por el contrario, que puede ser más eficaz, y desde luego más ameno, descender a la casuística de un estudio particular en el que, fundados en unos cuantos ejemplos, lleguemos a ponderar debidamente las posibilidades que las lenguas clásicas ofrecen a quienes pretendemos hacer de ellas un [-669→670-] instrumento básico en nuestras investigaciones de monumentos antiguos de primerísimo orden, que si, por un lado, pueden pertenecer a la Arqueología o a la Historia del Arte, por otro lo hacen sin ningún género de dudas a la Historia política, social y económica de la Antigüedad. Vamos a tratar del tema que responde al título de esta conferencia: la Epigrafía y los monumentos.

El valor, la utilidad universal de la Epigrafía se acrecientan cuando las fuentes textuales son tan parcas como ocurre con las que constituyen el legado clásico. Gracias a ella conocemos con sumo detalle no sólo la cronología, sino todo el proceso de construcción y decoración de un edificio como el Erechtheion, incluidos los costos pormenorizados de la obra. Muy a menudo el epígrafe tiene la ventaja sobre el texto transmitido por manuscritos, de estar libre de errores de copia y transmisión o de variantes en las distintas versiones del mismo. Por otro lado, no faltan inconvenientes y obstáculos: inscripciones incompletas, bien por pérdida de fragmentos o por accidentes de la erosión, que exigen un gran esfuerzo y una larga experiencia por parte del epigrafista. No le basta a éste el

conocimiento de las lenguas, sino que ha de unir a aquél el de las instituciones y el de los anales históricos con el mayor detalle que sea posible alcanzar. El arquetipo ideal sería la figura de Mommsen, que si fue el mejor epigrafista latino de los tiempos modernos, fue también el mejor conocedor de las instituciones y de la historia de Roma.

Por lo que toca a los monumentos de la España romana, el más completo en su documentación epigráfica es el Puente de Alcántara, ya que gracias a ella sabemos que fue dedicado a Trajano entre los años 103 y 105 d. C, costado por los pueblos de Lusitania que una inscripción enumera y construido por el arquitecto G. Iulius Lacer. Desearíamos conocer además de qué provincia del imperio era este magnífico artífice, pero ahí nos deja en oscuro la fuente documental.

En este sentido es más elocuente el título inciso en una roca junto a la célebre Torre de Hércules en La Coruña, donde el arquitecto C. Sevius Lupus declara ser lusitano, natural de Aeminium en las cercanías de la actual Coimbra <sup>1</sup>.

El teatro de Mérida tiene la historia de su construcción escrita en varias piedras. A su erección por Agripa se refieren los dinteles de sus accesos laterales a la *orchestra*, donde se lee: M. AGRIPPA L. F. COS. III. TRIB. POT. III. Como complemento de estas hubo tres o cuatro inscripciones más con la dedicatoria de Agripa en letras de bronce, de las que se conservan fragmentos, así como las huellas de las clavijas que las sujetaban a los sillares de mármol o granito <sup>2</sup>. [-670→671-]

Con esto venimos a una parcela de la Epigrafía que consiste en el restablecimiento de las inscripciones monumentales de las que sólo se conservan los agujeros de las clavijas. Nuestros colegas franceses han llegado por esta vía a interesantes deducciones respecto a dos de los más importantes edificios romanos del país vecino: la Maison Carrée de Nîmes y el Arco de Orange <sup>3</sup>.

En España son varios los monumentos que se hallan en iguales o parecidas condiciones. Como preparación a su estudio hemos analizado las de tres monumentos que además de conservar los agujeros de las clavijas, conservan las camas de las letras y, por tanto, no ofrecen dificultad alguna para su lectura: la inscripción del teatro de Itálica, la del Templo de Marte en Mérida y la de la Ermita de Villadiago en Peñafior (Sevilla). En la primera de éstas pudimos comprobar que aun cuando las letras estén sujetas por una o dos clavijas (y sólo por tres en el caso de la R) y presenten variantes en la posición y número de éstas, si los agujeros son rectangulares permiten obtener una clave que ayuda a leer letras y aun palabras de inscripciones donde las únicas huellas de lo escrito sean los agujeros de las clavijas. Aplicando este sistema a los del Acueducto de Segovia, obtuvimos el resultado de restituir el nombre IMP(erator) NERVA CAESAR, correspondiente al emperador Nerva (97-98 d. C.) como dedicante del acueducto <sup>4</sup>.

Vamos a aplicar ahora el mismo procedimiento a otros dos bien conocidos monumentos de la España romana, el templo de Fabara y el Arco de Medinaceli.

#### LAS INSCRIPCIONES DEL MAUSOLEO DE FABARA (ZARAGOZA)

El templo de Fabara no ha permitido hasta ahora una datación tan precisa como el de Alcántara. Puig i Cadafalch lo sitúa en la época de los Antoninos (136-190 d. C.) conside-

<sup>1</sup> CIL II, 2959 y 5639; Hutter, *Der römische Leuchtturm von La Coruña*, Mainz 1973, 2.

<sup>2</sup> Mérida, J. R., *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz*, lám. 57.

<sup>3</sup> Balty, J., *Études sur la Maison Carrée de Nîmes*, "Collection Latomus", núm. XLVII, 1960; Amy, R., y otros, *L'Arc d'Orange*, XV Supplément à *Gallia*, París 1962, págs. 143 ss.

<sup>4</sup> Blanco, A., *Epigrafía en torno al Acueducto de Segovia*, en "Actas del Symposium del Bimilenario del Acueducto", Barcelona 1976 (en prensa).

rando los caracteres epigráficos de la inscripción del tímpano y la fusión de elementos de distintos órdenes arquitectónicos, argumentos ambos de escasa consistencia <sup>5</sup>. [-671→672-]

El templo ofrece restos de dos inscripciones (figura 1), una de ellas grabada en el tímpano de la fachada, donde se lee: *L. A(e)mili Lupi* (CIL, II, 5851), en genitivo, dependiente de un *D(iis) M(anibus)* que Puig i Cadafalch, en otra publicación <sup>6</sup>, apunta que está borrado. Lo que hoy se ve por encima son los agujeros correspondientes a las clavijas de dos letras de bronce o de un adorno cualquiera.

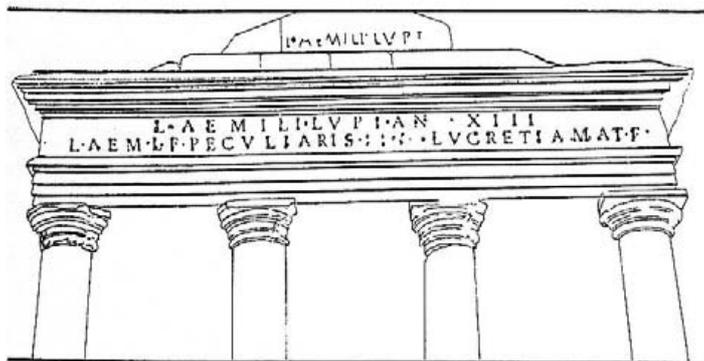


Fig. 1.- Ensayo de reconstrucción de la inscripción del Mausoleo de Fabara (Zaragoza).

El segundo título estaba compuesto todo él, de letras grandes de bronce, en dos líneas, la primera más corta que la siguiente, a lo largo del friso de la fachada. Es de suponer que estas letras, de elevado costo en todas las épocas por el valor intrínseco de su material, fueran arrancadas ya en la Antigüedad, y que la inscripción conservada hoy y grabada en el tímpano, sea la obra de un familiar o de otra persona piadosa, que sabía o recordaba perfectamente a quién estaba dedicado el mausoleo. Con ello prestó una valiosa ayuda a quien intente restablecer la inscripción perdida.

Según Puig i Cadafalch <sup>7</sup>, esta inscripción había sido estudiada por Chr. Hülsen, quien parecía haber deducido que contenía el nombre de los funcionarios del municipio que erigieron el monumento. Yo no he conseguido encontrar ni el estudio de Hülsen ni otra referencia al [-672→673-] mismo, pero barrunto que Puig no puso aquella nota a la ligera. Sobre ello volveremos.

Algunas letras de la inscripción (A, C – o G – y V) se pueden reconstruir sin dificultad gracias a las tres clavijas con que estaban sujetas. La M lo está por tres, como la V, salvo al final de la segunda línea, donde muestra nada menos que cinco agujeros. El sistema de sujeción de las otras letras, por sólo dos o una clavija, se presta a muchas consideraciones obligadas, pero aquí la inscripción del tímpano ofrece su ayuda para

<sup>5</sup> Puig i Cadafalch, J.; de Felguera, A.; Goday, J., *La arquitectura romana a Catalunya*, Barcelona 1934, 124 ss., con bibl. anterior. Vallespí, J. E., *Anotaciones al mausoleo romano de Fabara, Zaragoza*, Zaragoza 1954. El trabajo de Puig i Cadafalch, el más extenso sobre el monumento de Fabara desde el punto de vista arquitectónico, ha contribuido, involuntariamente sin duda, a través de sus malas ilustraciones y de sus comentarios, a que esta joya de la arquitectura romana en España se haya visto postergada en un grado increíble. Errores como el de colocar el friso de las águilas en el flanco septentrional y el de las guirnaldas con "bucráneos" en el opuesto, sumados al hecho general de no llamar la atención hacia la belleza del edificio, que se ve tratado poco menos que como una bagatela arquitectónica, bajo el epígrafe de "dórico de la decadencia romana" (pág. 302), hacen sospechar que o bien la redacción del estudio se verificó mucho después de la visita al monumento o bien sobre malas fotografías y fríos dibujos del mismo. En todo caso el resultado desconcierta hoy en día.

<sup>6</sup> *Anuari I. E.C.*, VII (1921), 89.

<sup>7</sup> *L'arquitectura...*, 124, núm. 1.

identificar la M sujeta como la V, y apuntar a algo que se comprueba con el epígrafe del teatro de Itálica, a saber: que en una inscripción de este género, una misma letra puede tener distinto número de clavijas <sup>8</sup>.

Con todas las salvedades y vacilaciones que luego expondremos reconstruiríamos así la inscripción perdida:

L. AEMILI. LVPI. AN(norum). XIII (o XXIII)  
L. AEM(ilius). L. F(ilius). PECVLIARIS ///. LVCRETIA MAT(er).  
F(ecerunt).

Creo que las tres primeras palabras son las mismas de la inscripción del tímpano. El AN(orum) que sigue no puede ser *An(iensi tribu)* por su posición detrás de los *tria nomina*, y ha de ir acompañado de un número. Reconstruimos éste como XIII o XXIII (el último suponiendo que se hubiese omitido el punto de separación), porque el mausoleo parece haber sido erigido por las personas que se citan abajo, una de ellas la madre de Lupus, la otra quizás el padre. De ser así, no parecería lógico que Lupus hubiera muerto a una edad de LIII o XLIII, si sus padres aún vivían. Además, la primera, o las dos primeras letras, están sujetas por una sola clavija, lo que conviene más a la X que a la L, aunque en la línea siguiente pudiera haber habido una L en las mismas condiciones.

El comienzo de la segunda línea es idéntico al de la primera, hasta la cuarta letra, la M, a la que siguen un punto y dos letras separadas por puntos, que permiten colegir una filiación: L. f; P. f... Tras éstas se halla un cognomen con unas letras bastante claras: CV y A, separada ésta de aquéllas. Aquí pudo Hülsen haber leído *curia* o algo relacionado con la misma raíz para pensar en magistrados de un municipio, pues no parece lógico que al final leyese *mag(istri)* donde parece haber dicho *mat(er)*. Supongo que el cognomen Peculiaris, del que Kajanto registra 76 ejemplos de hombres, 8 de mujeres y 16 de esclavos y libertos <sup>9</sup>, es el que mejor se adapta a lo indicado por las letras seguras y por los orificios de las restantes.

Vienen a continuación los orificios de tres letras, ninguna de ellas una A, que ni aun en el plano conjetural en que nos movemos me [-673→674-] atrevo a interpretar. Sería lógico que este Aemilius fuera el padre o el hermano de Lupus, pero no sabría decir cómo estaba abreviado.

Por último, *Lucretia mat(er)* parece probable, aunque con el inconveniente de que la L inicial esté cogida por un solo punto y no haya otro de separación entre las dos palabras.

Aun reconociendo las muchas inseguridades de la segunda línea, creo que no hay que esperar de ella testimonios útiles para determinar con precisión la cronología del edificio. Sólo si se admite que el nombre de la persona de la primera línea es el mismo que figura en el tímpano, cabría pensar que el mausoleo fue objeto de un atentado en la Antigüedad, que lo dejó privado de las letras de bronce y tal vez rompió una de las columnas monolíticas del pórtico, que fue después reconstruida con tambores de la misma o de una piedra idéntica.

No creemos que en la Baja Antigüedad nadie se preocupase de estas piadosas aunque precarias restauraciones. Más lógico parece que se hubieran efectuado por quienes tenían interés en el mausoleo y en el recuerdo de su dueño. Cabe pensar en los desórdenes producidos por la invasión de los francos y alamanes del 260, que dejaron Tarragona y otras ciudades en estado de ruina; pero acaso hubo otros disturbios de los que no tenemos constancia.

<sup>8</sup> Blanco, A., *Epigrafía en torno al Acueducto de Segovia*, "Actas del Bimilenario del Acueducto, Barcelona 1976 (en prensa).

<sup>9</sup> Kajanto, J., *The Latin Cognomina*, 289.

## EL ARCO DE MEDINACELI

¿Qué fue Medinaceli en la Antigüedad? Apiano sitúa por esta comarca una población de los arévacos que abandonó a M. Fulvio Nobilior en 153 a. C. y hubo de entregarse un año después a M. Claudio Marcelo, pagando en plata y rehenes su falta de adhesión a Roma <sup>10</sup>. Se llamaba entonces *Ocilis*. Pero resulta que al suroeste de la villa actual, y separada de ella por la hondonada del Humilladero (una hermita preciosa, hoy desalojada y llena de basura, con su frontis datado por inscripción en 1569), se eleva otro cerro, el de Villavieja, donde radicó una ciudad fortificada. Las prospecciones y modestas excavaciones de Mérida, le llevaron a identificar Ocilis con esta Villavieja, y Medinaceli con un campamento romano que luego daría lugar a una ciudad, cuyo nombre ni siquiera conjetura como distinto de Ocilis <sup>11</sup>.

Ni Mérida ni Taracena se percataron de que mucho antes que ellos Hübner había propuesto situar aquí, en la actual Medinaceli, una de las ciudades que Plinio (III. 3, 27) menciona entre las principales de los arévacos: *Nova Augusta*, al lado de otras cinco cuyo emplazamiento estaba y está perfectamente identificado: Segontia (Sigüenza) Uxama (Osma), Segovia, Termes y Clunia <sup>12</sup>. [-674→675-]

Desgraciadamente, ninguna de las inscripciones latinas halladas en Medinaceli nos dice cómo se llamaba la ciudad en época romana. Una cierta Licinia Materna, hija de Paterno, natural de Nova Augusta, de treinta años de edad, murió y fue sepultada en Riotinto, donde ha aparecido su lápida <sup>13</sup>. Esta mujer vivía muy lejos de su lugar de origen, entre la comunidad de mineros establecida en la serranía de Huelva, y poco servicio nos presta para localizar su patria. Sólo sus nombres y el cuidado con que están incisos en correctas capitales nos hacen barruntar que gozaba de una posición acomodada.

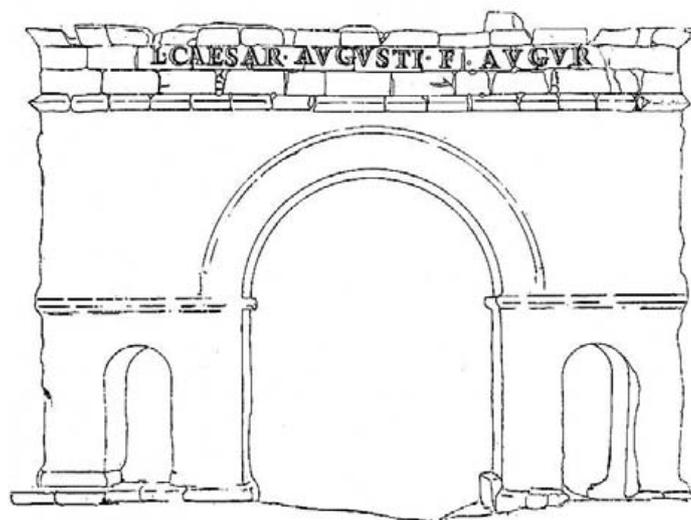


Fig. 2.- Ensayo de reconstrucción de un epígrafe del Arco de Medinaceli.

Acaso fuese pariente de un T. Licinius Titulus Cornutanus, de la tribu Quirina, sepultado en Medinaceli <sup>14</sup>. La identidad del gentilicio Licinius no basta para probar la hipóte-

<sup>10</sup> Apiano, *Iber.* 47 y 48; FHA IV, 15 ss.

<sup>11</sup> Mérida, J. R., *Excavaciones en Ocilis*, MJSE, num. 82.

<sup>12</sup> CIL II, suppl., pág. 927.

<sup>13</sup> Blanco, A., en "Zephyrus" 13 (1962), 43.

<sup>14</sup> CIL II, 5789.

sis de Hübner, pero tampoco la contradice, por lo que parece oportuno dejar aquí constancia de este dato <sup>15</sup>.

Por un momento me pareció que el arco podría confirmar esta teoría. Examinando una fotografía antigua reproducida en la *Carta [-675→676-] Arqueológica* de Taracena y en otras publicaciones <sup>16</sup>, creí distinguir una letra inicial N señalada por cuatro puntos y un poco más adelante los agujeros de las letras AVGV que pudieran corresponder al nombre de Nova Augusta. En la primera ocasión que tuve, volví ilusionado a Medinaceli, para comprobar con desmayo que en la reciente restauración del arco, los encargados de la operación habían prodigado el cemento con tal largueza, que no sólo las juntas de los sillares, sino algunos de los agujeros de las letras habían sido cegados. En esa y otras ocasiones, bajo distintas luces, fotografié el monumento en su estado actual, mientras hacía gestiones para localizar el negativo de la fotografía antigua o una copia del mismo. Estas pesquisas resultaron infructuosas, hasta que hablando de ello con Teógenes Ortego, el mejor conocedor actual de la Alta Meseta, me vi recompensado con la amable cesión de unas fotografías hechas por él en 1950, antes de la referida restauración, y en las que los agujeros se distinguían con mayor nitidez que en la placa vanamente perseguida. Ni que decir tiene que estas fotos me han prestado una inestimable ayuda para el presente trabajo.

Con estos y los otros documentos traté de reconstruir el texto de las perdidas inscripciones. La del lado sur, donde el ático está reconstruido en su mayor parte, apenas conserva unos vestigios en su extremo derecho, sobre los que no me atrevo a hacer conjeturas. El lado contrario ofrece para mí mayores posibilidades. El título comenzaba en el tercer sillar de la hilada superior y en su primera línea constaba de unas letras algo mayores que las de un segundo renglón sensiblemente más corto. Como letras muy probables ofrece una L al comienzo de la primera línea, las correspondientes a AVGV en el centro, y una V hacia el final, esto es:

L.....AVGV.....V

El resto permite correspondencias a varias letras y se presenta por ello mucho más problemático que lo arriba apuntado. Si esto fuese seguro, habría que descartar el nombre de Nova Augusta, o Novaugusta, y asumir el de un emperador o miembro de la familia imperial. El único que a mi parecer cabe entre ellos es el de Lucio César, nieto de Augusto, e hijo adoptivo, cuyo nombre oficial es *L. Caesar Augusti f(i)lius, divi (Caesaris) n(epos)*, que desde el año 2 va acompañado de los títulos *co(n)s(ul) desig(natus)*, *augur* y *princeps iuventutis*. La posición de la V al final de la primera línea no consentiría un *divi n(epoti)*, pero sí un *auguri*, correspondiendo a la segunda V. No sería este el primer caso en que *augur* se antepone a los demás títulos <sup>17</sup>. [-676→677-]

Lucio César nace en el año 17 a. C. y muere en el 2 d. C., cuando acaba de ser designado cónsul y príncipe de la juventud a la par que su hermano Cayo César. Esta podría ser una ocasión propicia para elevar el arco a los dos nietos y herederos de Augusto, a los que la Tarraconense venía rindiendo homenajes desde su adopción por el Emperador en el año 17 a. C. Testimonios próximos del afecto de la provincia a los dos príncipes son las estatuas que acompañaban a la de su abuelo y padre adoptivo en un

<sup>15</sup> Con todas las salvedades del caso, la hipótesis de Hübner es recogida por R. Corzo en *Augusta Emerita. Actas del Bimilenario de Mérida*, Madrid 1976, pág. 228 y fig. 5, núm. 8, quien la considera como una posible *mansio* en la vía de Toletum a Caesaraugusta.

<sup>16</sup> Taracena, B., *op. cit.*, lám. V, frente a pág. 96 (foto Crespo); Pericot, L., *Historia de España*, Barcelona, Gallach, 1942, pág. 551 (aquí la misma foto aparece atribuida a Carrascosa).

<sup>17</sup> V. gr.; Dessau, *Inscriptiones Latinae selectae*, 107, núm. 8: *L. Caesari / Augusti f. / divi nepoti / auguri, cos. design. principii iuventutis*.

grupo escultórico existente un tiempo en Caesaraugusta y que conocemos gracias a los dupondios acuñados en la ceca de la colonia el año 4 a. C.<sup>18</sup>; el retrato de Lucio César hallado en Ercavica (Santaver, Cuenca), con un semblante tan similar al de Augusto<sup>19</sup>, e incluso, tal vez, en la única moneda acuñada en Segovia en época imperial<sup>20</sup>, donde la cabeza de Augusto se encuentra entre las letras C y L, quizá iniciales de Gaius y Lucius, como propuso A. Beltrán<sup>21</sup>.

Un arco honorífico dedicado a los nietos de Augusto no constituiría una anomalía. Ciertamente ninguno se ha conservado, pero existen documentos epigráficos de que un día los hubo, v. gr., el acuerdo del senado de Pisa de que «en un lugar conspicuo de nuestra colonia se erija un arco ornado con los despojos de los pueblos vencidos o anexionados pacíficamente por él (Augusto) y sobre el mismo se pongan una estatua suya de pie con los ornamentos triunfales y junto a ella dos estatuas ecuestres doradas de Gayo y Lucio Césares»<sup>22</sup>. Si después de la Guerra Cántabra dirigida por Augusto en persona, nació en Medinaceli la ciudad romana de Novaugusta, nada más natural que levantar un arco a los presuntos sucesores de su benefactor.

Dejando lo dicho hasta aquí en el terreno de la mera conjetura, conviene saber si el estilo del arco se acomoda a los principios de la arquitectura de la época augústea. Mérida y otros después que él le atribuyeron una fecha muy posterior por el hecho de tener tres vanos, como los arcos de Septimio Severo y de Constantino. La proximidad del Arco de Orange, bien fechado en época de Tiberio<sup>23</sup>, no fue óbice para mantener esa datación ni aun por el mismo [-677→678-] Mansuelli<sup>24</sup>, pese a subrayar éste como rasgos típicos de los arcos augústeos las superficies lisas, el gran realce del arco central y la poca profundidad del edificio, todos ellos característicos del de Medinaceli. Acaso sólo conociera el arco por la fotografía que reproduce en su figura 36. De todas maneras observa: «Se podría pensar, más bien, a propósito de estos arcos de España, en la fermentación de una vieja práctica de la primera época augústea, la época de la ordenación de las provincias ibéricas, que quedó naturalizada en la sensibilidad artística local»<sup>25</sup>. En otras palabras, el aire augústeo del arco de Medinaceli, que él seguidamente sitúa en época de Trajano por analogía de motivos con el de Timgad, sería fruto de esa tendencia arcaizante a que acabamos de aludir.

Como se ve, sólo los epígrafes podrían imponer una revisión de esta tesis. García y Bellido la hizo suya rebajando más la fecha hasta la época de Adriano<sup>26</sup>.

El presente ensayo, que en modo alguno aspira a ser considerado como definitivo, acaso sirva de estímulo para otros estudios que logren alcanzar más firmes conclusiones. En todo caso, esperamos que haya servido para mostrar el rico veneno de información que la epigrafía puede permitirnos extraer de las inscripciones griegas y latinas.

<sup>18</sup> Beltrán, A., en "AEspA" 26 (1953), pág. 65, fig. 40, y *Symposium de ciudades augústeas*, Zaragoza 1976, pág. 249.

<sup>19</sup> Osuna, M., y Suay, "Yacimientos romanos de la provincia de Cuenca", Cuenca 1974, lám. VI, B.

<sup>20</sup> Vives, A., *La moneda hispánica*, IV, 46, lám. CXXXV; Grant, M., *From Imperium to Auctoritas*, Cambridge 1969<sup>2</sup>, 336. Grant hace remontar esta moneda al decenio 30-20 a. C. asumiendo que entonces Augusto concede a Segovia la *latinitas* como preliminar de la *civitas*.

<sup>21</sup> Buena fotografía ampliada de un ejemplar en *Bimilenario del Acueducto. Exposición conmemorativa*, Segovia 1974, págs. 60 ss., figs. 14 y 14 A.

<sup>22</sup> CIL XI, 1421; Mansuelli, G. A., *El arco honorífico en la arquitectura romana*, "AEspA" 27 (1954), 100, nota e.

<sup>23</sup> Amy, *op. cit.*

<sup>24</sup> Kahler, muy cauto, no se pronuncia sobre este extremo en R. E. VII A, 1 col. 425 núms. 16 y 487.

<sup>25</sup> Mansuelli, *op. cit.*, 141.

<sup>26</sup> García y Bellido, A., *Arte romano*, Madrid 1973<sup>2</sup>, pág. 406.